

MISIÓN NOOTKA 1789. EL DIARIO DE VIAJE DE FRAY FRANCISCO MIGUEL SÁNCHEZ (*)

Bárbara PALOMARES SÁNCHEZ
Licenciada en Historia del Arte

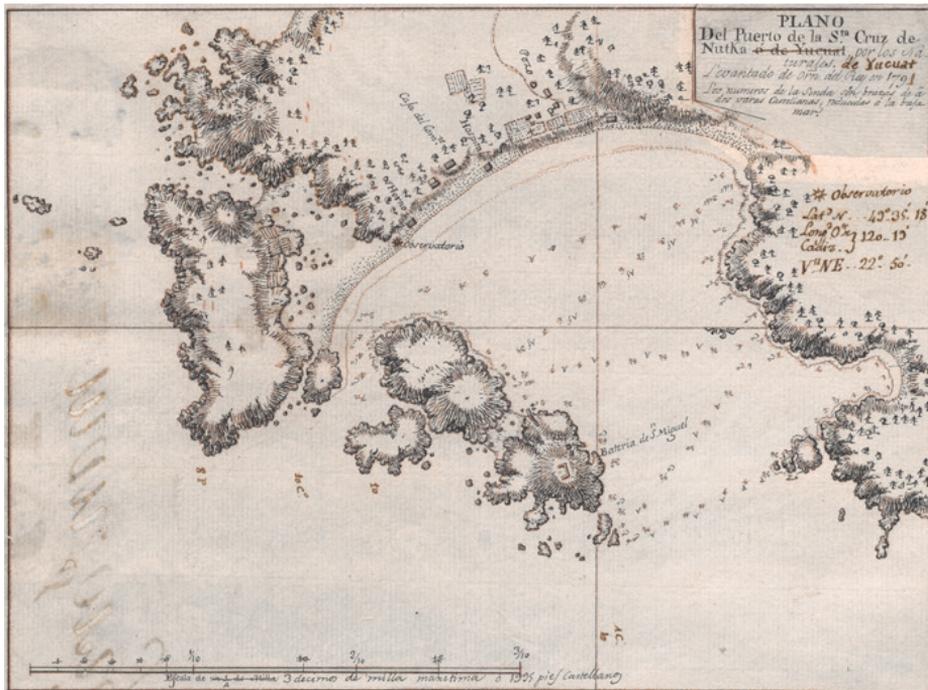
Resumen

El artículo que aquí se presenta versa sobre el diario que el misionero franciscano Francisco Miguel Sánchez llevó durante su viaje a San Lorenzo de Nootka. Fray Francisco fue integrado en la expedición que en 1789, comandada por el alférez de navío y piloto primero Esteban José Martínez, se envió a esas latitudes con el fin de tomar posesión oficial de aquellas tierras, frenar el avance ruso y británico y llevar la fe católica a los confines más septentrionales del imperio español.

Palabras clave: Nootka, la *Princesa*, expediciones.

CUANDO, en 1789, el franciscano Francisco Miguel Sánchez —perteneciente al Colegio Apóstolico de San Fernando (México), encargado del programa de *Propaganda Fide*, concebido para propagar la fe católica en las tierras de misión— fue seleccionado junto a tres compañeros más del Colegio para embarcarse en la expedición de Esteban José Martínez, no era cumplidamente consciente de la entidad de la empresa que se les había encomendado: llevar la fe a los confines más septentrionales del imperio español, una tarea ardua y compleja que supieron desempeñar con gran solvencia. Su detallado y minucioso dietario, empezado en el instante mismo en que se le notifica su misión y terminado al concluir esta, constituye un extraordinario documento de primera mano sobre el desarrollo de esta expedición.

Pero el diario en cuestión es también un instrumento fundamental para advertir el rol que debían desempeñar los franciscanos en todas las misiones evangélicas en Nueva España. Su papel no se reducía a evangelizar a los indígenas en los territorios conquistados; debían asistir en la fe católica a la tripulación, desde celebrar la eucaristía, socorrer en la enfermedad y en la muerte, hasta velar por la paz durante la travesía. Pero también cumplían un



Carta náutica del puerto de Santa Cruz de Nutka (Canadá), 1791. Levantado por orden del Rey en 1791. Archivo del Museo Naval (Madrid), MMN 2-D-1.

papel primordial como «protagonistas» cardinales en la toma oficial de posesión de un territorio, pues de toda marca nueva se tomaba solemne posesión con una ceremonia religiosa.

El diario de fray Francisco Miguel Sánchez describe con precisión cuanto aconteció en aquella primera expedición de 1789 con el fin de ocupar el puerto de Nootka, el establecimiento más septentrional del imperio español.

Tras el análisis del artículo que nos ocupa descubriremos cómo discurrió el fascinante viaje que este misionero franciscano recogió en su «cuaderno de bitácora» bajo una luz diferente: desde la óptica de la fe.

Iniciamos el recorrido hacia Nootka retrotrayéndonos a 1789 y embarcándonos en la expedición de Esteban José Martínez de la mano de fray Francisco Miguel Sánchez.

La expedición a Nootka de Esteban José Martínez (1789)

Tal vez sea esta una de las misiones a la zona más desconocidas, pero no por ello resulta menos apasionante. Su destino fue las frías aguas del Pacífico

norte, en la actual provincia canadiense de Columbia Británica, en la isla de Vancouver (Canadá).

Los comienzos de esta misión y del conflicto derivado de ella se remontan al famoso tratado de Tordesillas y a la no menos célebre bula menor *Inter caetera*, de 1493, la cual, tomando como referencia un meridiano situado 370 leguas al oeste del archipiélago de Cabo Verde, disponía que todos los territorios descubiertos y por descubrir al oeste del mencionado meridiano serían propiedad de los reyes de Castilla.

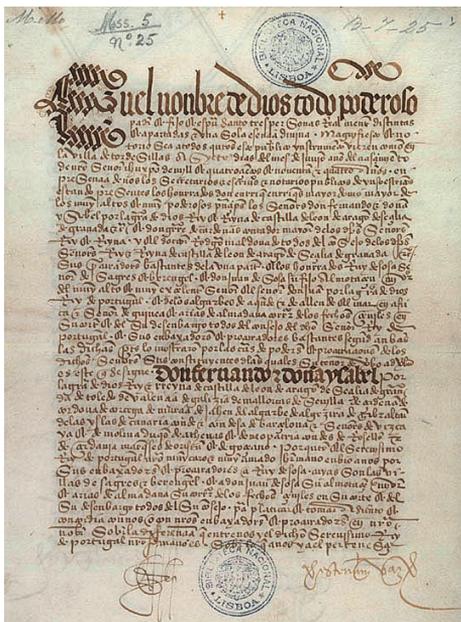
En 1513, Vasco Núñez de Balboa divisó por primera vez para los europeos el denominado Mar del Sur, actualmente conocido como océano Pacífico, tierras que reclamó, según lo establecido en la bula de 1493, para la corona española. Pero la misión de fray Francisco Miguel Sánchez se emplaza cronológicamente mucho después, a finales del siglo XVIII, cuando sobre los confines del imperio español se cernía una amenaza rusa y británica. Ante esta amenaza, el rey Carlos III y su sucesor, Carlos IV, comenzaron a enviar, entre 1774 a 1795, una serie de expediciones rumbo al extremo norte, hacia la franja costera hoy correspondiente a Canadá y Alaska, para frenar el avance ruso y británico y establecer la autoridad española en el Pacífico septentrional.

Tras estas primeras expediciones se abrió un paréntesis hasta 1788, año en que Esteban José Martínez y Gonzalo López de Haro comandaron una nueva campaña. En junio de ese año la expedición alcanzó la isla de Kodiak, donde por primera vez se obtendría noticia cierta de las andanzas comerciales rusas por la zona. Súbditos del zar habían establecido un pequeño asentamiento en Nootka y, lo que era más grave, no habían sido pioneros en ello, sino que se habían aventurado hasta esas latitudes extremas siguiendo a los ingleses, cuyos mercantes habían empezado a surcar aquellas gélidas aguas con anterioridad.

Confirmadas las sospechas, Carlos III (1) ordenó una cuarta expedición, con el designio de ocupar el puerto de Nootka y, de ese modo, frenar el avance ruso y británico. Fue así como, en 1789, se hacían a la mar, bajo las órdenes de Esteban José Martínez, la fragata *Nuestra Señora del Rosario*, conocida como la *Princesa*, y el paquebote *San Carlos*, alias el *Filipino*. Las instrucciones de los expedicionarios eran claras: debían identificar cuántos puestos rusos había establecidos y dónde se hallaban; explorar bahías con el fin de abrir nuevas rutas comerciales; tomar posesión de aquellas tierras en nombre del rey Carlos III y, ante todo, abstenerse de realizar maniobra alguna que pudiera provocar conflictos con los rusos u otros navíos de diferente nacionalidad.

Integraban la expedición 28 soldados, dirigidos por un sargento y dos cabos. Entre la tripulación, a bordo de la fragata *Princesa*, se encontraba el artífice de este diario, el misionero franciscano fray Francisco Miguel Sánchez:

(1) El rey Carlos III había fallecido el 14 de diciembre de 1788, pero las noticias de su muerte no llegaron hasta meses más tarde.



Página original del tratado de Tordesillas. Biblioteca Nacional de Lisboa. Imagen de dominio público.

«Para dar principio a estas Noticias debo advertir que para el fin de establecer la Fe Católica en Nuca salimos del Colegio Apostólico de San Fernando de Méjico, cuatro religiosos que son: el Reverendo Padre Predicador, Dr. Severo Patero [Paler] natural de Extremadura, Rafael J.S.P. fray Lorenzo Socies [Socier], mallorquín, el Reverendo Padre fray José Espí, valenciano y yo fray Francisco Miguel Sánchez, castellano viejo de los Padres acabados de referir, los que emprendimos nuestro viaje para San Blas, día 30 de Diciembre del 88.

»Habiendo llegado al Puerto de San Blas, y descansado en él algunos días, nos embarcamos el 17 de Febrero del 89, mas por no permitirlo el viento no salimos del Puerto, hasta el 19 de dicho mes. Desde este día seguimos nuestra navegación con toda felicidad, aunque perdiendo bastante

tiempo, por lo pesado del paquebote *San Carlos* que venía en nuestra conserva y éste andaba menos que nuestra fragata. El día 7 de marzo, por estar el paquebote en buena distancia, y el viento casi en calma mandó nuestro Comandante D. Esteban José Martínez, echar el bote al agua, a fin de que el Padre capellán y religiosos P. fray Lorenzo y Padre fray José, nos acompañasen a la mesa, la cual concluida se volvieron a su destino. Esta misma ceremonia (o mejor decir convite) se repitió el día del Patriarca Nuestro Sr. San José» (2).

La Sacra Congregatio de Propaganda Fide y el Colegio Apostólico de San Fernando (México)

La Sacra Congregatio de Propaganda Fide (Sagrada Congregación para la Propagación de la Fe) (3) fue fundada en 1622 por el papa Gregorio XV,

(2) «Diario de viaje de fray Francisco Miguel Sánchez hacia Nuca (1789). Historia compuesta de todo lo acaecido en la expedición hecha al Puerto de Nuca, año 1789». Archivo del Museo de Naval (Madrid), Ms. 2128, 1789.

(3) Desde 1982, este órgano de la curia romana se denomina oficialmente Congregación para la Evangelización de los Pueblos. (*N. del E.*)



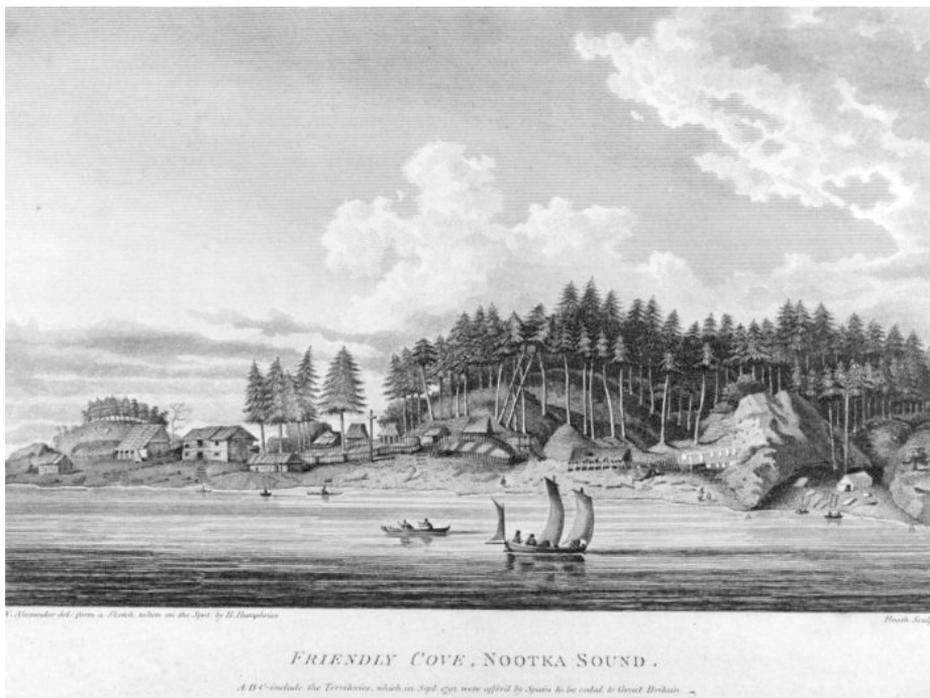
El cuartel general de la *Propaganda Fide* en Roma, encargado por Antonio Barberini. Imagen de dominio público.

quien puso bajo la jurisdicción de este dicasterio todas las tierras de misión, es decir, aquellas aún no evangelizadas. La *Propaganda Fide* tenía asignada en exclusiva la organización de la actividad misionera de la Iglesia, para lo cual estableció en las tierras de misión una suerte de red de colegios apostólicos cuya finalidad era, principalmente la divulgación del Evangelio y la educación en la fe católica.

A esta red pertenecía el mejicano Colegio Apostólico de San Fernando, que hasta su disolución en 1860 sería el más importante centro de irradiación misionera, durante el siglo XVIII, de toda la antigua provincia de Nueva España. De ahí partiría, como expone el diario, el padre Francisco Miguel Sánchez. Fundado en 1734 para favorecer las misiones cristianas entre los naturales de la América hispana y de Nueva España aún no evangelizados, a este objetivo prioritario añadía el de, mediante la educación, mantener viva la fe entre las poblaciones ya cristianizadas, así como dar a los misioneros una formación adecuada para ejercer con diligencia su labor apostólica.

La misión

La principal función que debían desempeñar estos monjes franciscanos era poner en práctica el proyecto que les había encomendado el Colegio Apostólico de San Fernando, tarea que se vislumbraba compleja, al igual que todas las asignadas a la expedición en la que se embarcaban. Esa sería su ocupación en destino, una vez que hubiesen pisado tierra y tomado posesión del puerto de



George Vancouver en Friendly Cove hacia 1791. Imagen de dominio público.

Nootka. Pero previamente, durante la travesía, debían ayudar a bordo a los capellanes en las funciones propias de su ministerio.

Igualmente, en su condición de hombres de Dios, respondían con solicitud evangélica siempre que eran requeridos para terciar en los inevitables conflictos que se suscitaban a bordo o una vez en tierra, como más de una vez sucedió.

Valores

Los cuatro franciscanos eran conscientes de embarcarse en una empresa que difería sustancialmente del objetivo principal de la expedición, si bien una y otro tenían un propósito común: establecer en Nootka un asentamiento para la Monarquía ante la amenaza de otras naciones y afianzar el cristianismo en las posesiones hispanas de ultramar.

Ambos cometidos estaban indisolublemente unidos. Política y religión componían un todo indivisible, y la religión católica era consustancial al ser español, así que todo dominio del Imperio, por más que se hallase en ultramar, debía abrazar esa misma fe. Así pues, en las expediciones realizadas para la

exploración de nuevos territorios, junto a los intrépidos marinos y los capellanes principales, siempre figuraba un grupo de misioneros.

Con este designio, la misión en Nootka debía recopilar toda la información posible sobre el lugar y sobre los naturales, en cuyas costumbres, estilo de vida o nivel de conocimiento de Dios debía indagar. La evangelización y educación de la población autóctona se acomodaría a la información así recabada, por cuanto, si bien no solo se proyectaba educar en la cristiana fe, sino hacer de ellos españoles a carta cabal, enseñándoles el castellano e inculcándoles las costumbres del país, se pretendía hacerlo sin violencia, armonizándolas con las tradiciones autóctonas, hacia las que España mostraría mucho más respeto que las restantes naciones que recalaban por esas tierras, como corroborarían los propios nativos.

Pero la misión no duró el tiempo necesario para que el proyecto fraguara, y la famosa crisis de Nootka forzó a los españoles a retirarse definitivamente del territorio en 1795, cediendo el asentamiento a los ingleses.

Pasemos ya a adentrarnos en el diario de fray Francisco Miguel Sánchez, al hilo del cual desgranaremos paso a paso los avatares de la misión encomendada a estos cuatro frailes franciscanos en los confines del imperio español.

Salida del puerto de San Blas a bordo de la fragata *Princesa*

La salida del puerto de San Blas fue complicada. El tiempo provocó un retraso de dos días respecto de la fecha prevista de partida (17 de febrero), y tampoco colaboró durante la travesía hacia la costa canadiense. El 4 de abril, fray Francisco escribía en su diario al respecto:

«Nos entró un temporal sumamente recio, el que continuó hasta el veintidós del mismo mes, por cuyo motivo padecimos graves sustos, e incomodidades todo ocasionado de los fuerte balances del barco y de los muchos y repetidos golpes de agua que entraban en él, no obstante de haber puesto las diligencias posibles para defensa del agua, cerrando puertas, compuertas y escotillones, a casi todos, se nos mojaron las camas, por estar las puertas del barco, mal acondicionadas».

El invierno en el Mar del Sur septentrional es gélido y duro, por lo que era presumible que algún miembro de la tripulación cayese enfermo como consecuencia del frío, cuya dureza no sería extraño que incluso provocase algún fallecimiento, como de hecho ocurrió el 25 de abril:

«Mandó el Sr. Capitán se *estardigasen* las anclas. Por la noche se experimentaron repetidos chubascos de agua y granizo acompañado de un viento frigidísimo, cosa que maltrataba y acobardaba bastante a la gente criolla por serle este temperamento nocivo, pero se les alentaba con buenas palabras y mejores tragos de mezcal y de aguardiente.



Situación de la isla de Nutka, en la costa occidental de Canadá. Archivo del Museo Naval (Madrid), mapa MNM-0003-E-0005.

»A las cuatro de la mañana del 27 de Abril murió el sangrador de la fragata, José Jacinto de la Mota, de resultas de haberse sangrado así [a sí] mismo hallándose con un recio constipado. Y a las cuatro de la tarde el Padre capellán D. José Nava, mi compañero fray Severo Patero y yo le cantamos su vigilia y le hicimos el entierro con la posible solemnidad».

A una mentalidad moderna sin duda le chocará este relevante papel asignado a los religiosos en una expedición de conquista. Pero debemos situarnos en aquellos tiempos premodernos, anteriores a la secularización, cuando la religión impregnaba la vida social e informaba los más nimios afanes cotidianos. Los miembros de la tripulación, como todos los españoles entonces, eran devotos cristianos que cumplían escrupulosamente los preceptos rituales que de su fe se derivaban, único modo de sentirse en íntima comunión con Dios. La necesidad de procurarse la misericordia divina se acentuaba en una empresa tan aventurada como la que nos ocupa, sujeta a azares e incertidumbres sin cuento. Los fallecimientos durante estas travesías no eran inusuales — ya hemos visto al respecto el caso del sangrador oficial de la fragata, don José Jacinto de la Mota—, y para aquellas personas de acendrada religiosidad, morir sin antes haber sido oídas en confesión ni recibir cristiana sepultura después era una segura condena al castigo eterno. Así pues, la presencia de los religiosos a bordo de las fragatas era imprescindible. Y estos, por otra parte,

durante la larga travesía hasta Nootka, aparte del «cuidado de las almas» de la tripulación, a la que fijaban las horas para la oración, oían en confesión y escuchaban y daban consuelo en la tribulación, debían mediar en los conflictos que pudieran derivarse de la difícil convivencia diaria en mar abierto, así como aconsejar al capitán siempre que este se lo demandara.

Tras más de dos meses de travesía desde el puerto de San Blas, la fragata *Princesa* avistaba tierra y se detenía a unas ocho leguas de su destino, el puerto de Nootka, donde la misión encomendada comenzaría verdaderamente.

A la llegada fueron recibidos por los lugareños, intrigados por aquellos visitantes que recalaban en sus costas. Así lo relata fray Francisco Miguel Sánchez en la entrada de su diario del 2 de mayo de 1789:

«A las tres de la madrugada se avistó la tierra a distancia como de unas ocho leguas. A las 9 vino a nuestro bordo una canoa fabricada de una pieza de madera con la proa a la similitud de nuestros jabeques de Europa. En esta canoa venían tres indios pescadores, con las caras pintadas, el uno de negro y los otros dos de colorado oscuro, traían el pelo suelto y estaban vestidos de cortezas o cascarras de árboles tejidas y corchadas, el pedazo con que cubrían los hombros, pecho y brazos era como una esclavina o especie de muçeta de color pardo, y el otro pedazo con que se abrigaban parte del vientre y muslo lo traían ceñido a la cintura; En la canoa traían varios patos muertos dentro de unas espuestas; también traían varios pescados, como son pulpos, meros, arenques secos, y un lenguado como de vara y media de largo y de más de una arroba de peso. De uno y otro se les tomó cambalachando con pedazos de paño, hierro y botones amarillos de metal. Extrañamos mucho que no hacían aprecio del hierro, ni de los abalorios, pero nos causó gran novedad la legalidad que guardaban en el cambalache; pues si no les gustaba alguna cosa inmediatamente la devolvían».

Al día siguiente se aproximó a la fragata la canoa del jefe de la tribu, a quien, después de intercambiar con él regalos, el capitán Martínez invitó a subir a bordo; pero este rechazó la invitación, que en cambio sí fue aceptada por otros dos indios. Una vez a bordo, se les ofreció alimento. Como era menester, antes de iniciar la comida se bendijo la mesa y los comensales se persignaron, dando gracias a Dios por los alimentos que iban a recibir. Los religiosos instruyeron a los nativos sobre el significado del gesto ritual y les enseñaron a hacer la señal de la cruz. Finalizada la comida, se les obsequió con un pañuelo. Los nativos volvieron a sus canoas indicando a sus compatriotas que los religiosos les habían dado comida y agasajado con obsequios, lo que suscitó en los demás el deseo de subir también a bordo.

«Entre las muchas canoas, que se acercaron a nuestro barco, vino una en la que estaba un mozo como de edad de treinta años, el cual era más blanco y robusto que los otros. Este venía sentado sobre un petate y cubierto su cuerpo con una piel de nutria. De éste dieron a entender los demás indios que era su



Asentamientos en Nootka alrededor de 1790, ilustración de *A New, Authentic, and Complete Collection of Voyages Round the World...*, vol. I, por el capitán Cook. National Oceanic and Atmospheric Administration, Londres, 1790, p. 1767. Imagen de dominio público.

Rey o Capitán, el cual regaló a nuestro Comandante un cuero de nutria y un brazalete de latón de dos que traían en las muñecas y el Comandante le obsequió con un poco de paño y balleta (*sic*).

»Todos incitamos mucho a este principal o Rey, que subiera arriba, pero no fue posible el conseguirlo porque según daba a entender nos tenía mucho miedo; no obstante a puras instancias y casi repugnándolo todos los indios subieron dos a la fragata, a los que hicimos sentar; los persignamos mi compañero y yo, y les dimos de comer y un pañuelo a cada uno, y después bajaron a la canoa y a los demás tenían envidia, le enseñaban los pañuelos y le decían por señas que habían a nosotros que los P.P. se lo habían regalado. Como a los dos que subieron arriba les había ido bien, ya querían subir otros y nosotros no lo permitimos» (3 de mayo).

Llegada al puerto de San Lorenzo de Nootka

El 5 de mayo arribaban al puerto de San Lorenzo de Nootka guiados por la nao portuguesa *Macao*. Nada más dar fondo, los expedicionarios entonaron una salve a la Virgen del Rosario, patrona de la fragata *Princesa*, en agradecimiento por haber sido conducidos sin percance al final de la travesía. Un gesto que ponía nuevamente de manifiesto la importancia de las creencias entre los miembros de la tripulación, para quienes Dios era su mejor y único aliado cuando sus vidas no dependían de sí mismos:

«A las ocho de la mañana llegó a nuestro bordo el bote del paquebot de *Macao*, con siete hombres y un Piloto, el que nos sirvió de Práctico para entrar en el Puerto de Nutkca en el que dimos fondo a las once de la mañana. Después de haber dado fondo cantamos una Salve a Nuestra Señora del Rosario, Patrona de la fragata, por habernos conducido felizmente al Puerto de nuestro destino; a que siguió una salva de 15 cañonazos concluyéndose con el ¡Viva al Rey! Por tres veces; luego que los del paquebot *Macao* descubrieron la bandera de S.M. Católica, la saludaron con trece cañonazos y seguidamente vinieron a bordo de nuestra fragata, el Capitán de dicho paquebot D. Francisco José Viana, natural de Lisboa y el Sobrecargo del expresado buque Mr. William Douglas natural de Escocia, a los dos se les convidó a comer y estando sentados en la mesa, llegó el bote de la fragata *Boston*, que se halla fondeada tres leguas de distancia más adentro en lo interior del Puerto con su Comandante Juan Kendrick a dar el parabién de nuestra llegada y también nos acompañó a la mesa» (5 de mayo).

Pocos días después de la llegada al puerto de Nootka, el capitán Martínez y los religiosos fueron invitados a una importante celebración en la que se iba a imponer nombre al hijo de Macunia, el jefe de la tribu: «Después de comer fuimos a tierra y todos los de nuestra cámara acompañándonos el Capitán del paquebot D. Francisco José Viana, a casa del Capitán de la ranchería, llamado Macuina, a ver una diversión que tenían en celebración de un hijo, suyo a quien iban a ponerle nombre» (domingo 10 de mayo). El acto de imposición de nombre, por su analogía con el bautismo cristiano, captó rápidamente la atención de los religiosos, que no perdieron detalle del desarrollo de la ceremonia:

«Todos los indios de esta ranchería y de otras inmediatas concurrieron a esta función, la que se redujo a esto: se pintaron con almagre, carbón, aceite de oso u de ballena, y se llenaron de plumas, según queda dicho en el día que saltamos en tierra después se siguió un baile, para el cual pusieron en medio de la pieza al chiquillo que habían de poner nombre: este estaba vestido de una piel de nutria, y pintando de encarnado, y lleno de plumas de águila. Después comenzaron a dar vueltas alrededor de la pieza y del muchacho que estaba en el medio, todos los que danzaban tenían unos cueros de oso puestos, alrededor de la pieza y del muchacho sobre los hombros y unos palos en las manos como los que usan los danzarines o sacadineros, cuando andan encima de la maroma, y al compás de golpes, que daban con unas rajadas de leña sobre las tablas (que estos eran los instrumentos que tocaban) cantaban todos en su lengua y Macuina, su hermano Keleken, venían andando o formando círculo, y al llegar a donde nosotros estábamos daban en esta postura tres vueltas en el aire, alrededor guardando el compás de los golpes que daban con los palos y del canto o ruido que hacían con la boca. Después se pusieron en cueros porque se quitaron las pieles de oso para ponerse otras de nutria y siguieron bailando en los términos que quedan explicados, solo con la diferencia que detrás de los tres principales referidos que formaban el baile, venía un indio con el hijo de Macuina, a quien iban a poner nombre, en los brazos, y este

daba tantas vueltas cuantas daban los otros, si alguno de los tres bailarines se le caía algunas de las plumas de águila, que tenían en la cabeza, salía un indio que hacía oficio de criado con una vara larga y delgada a recogerlas para que se las volviesen a poner».

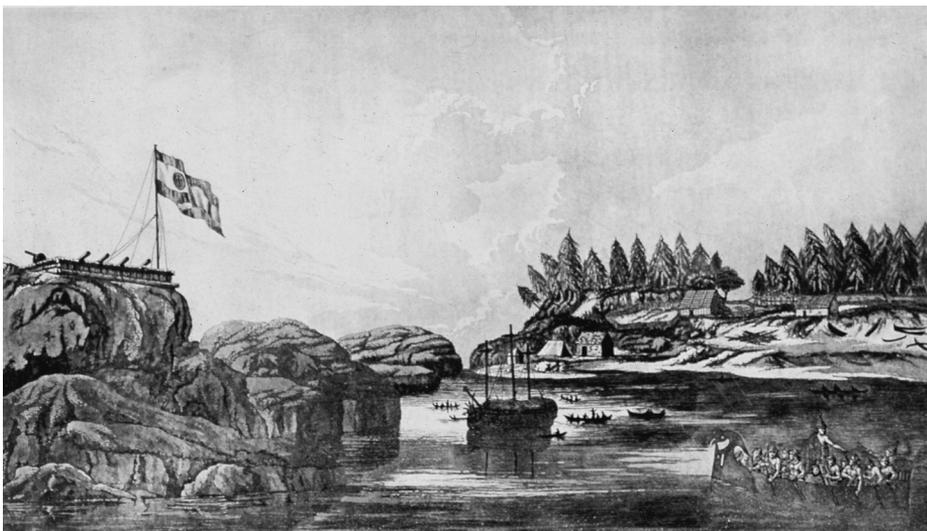
La asistencia a esta celebración les permitió conocer en profundidad las costumbres de los nativos, así como su analogía con los usos de las naciones cultas, expresado en un dato que menciona al final del relato: los regalos y donaciones que los miembros de la tribu ofrecían al hijo de Macunia. Con este acto se daba a entender que este era el futuro jefe de la tribu, algo que, comparaba fray Francisco, ocurría en «naciones cultas» como la monarquía española, cuya corona se heredaba. Dicha circunstancia facilitaría el maridaje entre ambas culturas:

«Algunos donativos, que daban los otros indios al hijo de Macuina, sus indios o criados los iban recogiendo. Estos donativos se reducían a unos pedazos de cobre, hierro, y algunas pieles y navajas, este nombramiento según pienso y por lo que me dijo el capitán de la fragata *Columbia*, se reducía además de ponerle nombre al hijo de Macuina, a darle a entender a los demás indios que al tal chiquillo lo había de tratar como a uno de los principales, por ser hijo del Rey, o capitán y que siempre que su padre faltase, el hijo tenía derecho o le pertenecía la capitanía o la corona, por lo que se infiere clarísimamente que la capitanía o corona (digámoslo así) es por herencia, como sucede en las naciones cultas y no como en otras partes como son Monterrey y Californias, que es capitán el más rico o poderoso de la ranchería».

Tras algo menos de un par de semanas asentados en el puerto de Nootka, una vez explorado el terreno y ganada la confianza de los nativos se ordenó, el 15 de mayo, la construcción del asentamiento, para lo que se dio orden de levantar un baluarte defensivo, denominado de San Miguel, en una de las zonas más estratégicas del puerto, así como una serie de casas y alojamientos para el capitán y la tripulación. También se dispuso edificar almacenes y plantar algunas huertas para abastecer el asentamiento:

«Considerando el Comandante que la mejor defensa para este puerto es la punta del islote del Norte que forma la boca o entrada de dicho puerto providencioso se empezase a trabajar, terraplenar y aplanar encima del cerro que está en dicha punta para montar los cañones, a cuyo baluarte se le puso el nombre de San Miguel, y para habitación en lo pronto de los que asisten al trabajo y cuiden la artillería que se ha de montar en el mencionado baluarte determiné se armase una tienda de campaña».

Junio fue un mes muy intenso. A los trabajos en el asentamiento, que debían rematarse ese mes, se sumaron diferentes altercados con barcos británicos, americanos y de otras nacionalidades que exploraban la zona para



Vista interior de la cala de los Amigos, en la entrada a Nootka, y baluarte de San Miguel. Archivo del Museo Naval (Madrid), BMN 04296 n° II (3224).

hacerse con el control del comercio. Un «ataque» ante el cual los españoles respondieron apresando a aquellos barcos que vulneraran la ley.

Mientras, los misioneros seguían con la labor de ahondar más en la cultura nativa, para ir introduciendo en ella paulatinamente las costumbres y tradiciones católicas, a la par que atendían los preceptos de la Iglesia en días tan señalados como el Corpus Christi, una celebración que se vio empañada con el fallecimiento del grumete Juan Reyes, a cuyos restos se dio cristiana sepultura:

«Por el día de hoy tan solemne, al salir el sol se hizo una salva de 13 cañonazos y otra de igual número a las 12 del día. A las 10 de la mañana pasó de esta vida a la otra el Grumete Juan Reyes y a las cuatro de la tarde se llevó a tierra y se le dio sepultura católica con toda solemnidad, asistiendo a esta función el Padre capellán de esta fragata y nosotros cuatro acompañados del Capitán y oficiales del *San Carlos* y del primer Piloto de la fragata D. José Tovar» (11 de junio de 1789).

El 20 de junio, de madrugada, fallecería otro marinero, cuyo cuerpo sin vida, tras las cristianas exequias, fue enterrado junto al del grumete Reyes:

«A las seis de la mañana murió el marinero Juan José Magdaleno Torres de un fuerte tabardillo. Seguidamente se le cantó una vigilia y su misa de cuerpo presente por el Padre capellán de esta fragata, y los cuatro religiosos que le acompañamos. A las cinco de la tarde se llevó el cadáver a tierra y el Padre

capellán y los cuatro religiosos le hicimos su entierro con la solemnidad posible y se le dio sepultura junto a la del difunto Reyes».

Desde ese día hasta el 24 del mismo mes, la actividad en el asentamiento fue frenética. El 24 se procedería a la toma oficial de posesión de Nootka. Acontecimiento tan solemne e importante requería el trabajo intenso y metódico de todos. En el acto, el ceremonial religioso era primordial:

«En este día estuvieron los carpinteros de la dotación de esta fragata labrando la cruz para tomar mañana (Dios mediante) la posesión. Esta cruz tiene doce varas de larga, con la inscripción que se dirá el día de mañana, esta tarde vinieron los que estaban trabajando en el puerto de Maruina en la construcción de la goleta a este puerto para asistir a la función de mañana» (23 de junio de 1789).

Llegó el gran día de la toma oficial de posesión de las tierras del Pacífico norte en nombre del rey de España. El acto se revistió de la solemnidad religiosa debida, conforme a un ritual por el que se tomaría posesión de una tierra en nombre de una monarquía que en su denominación lucía el título de «Católica»; por lo tanto, en la ceremonia se debía rendir pleitesía tanto a la Monarquía como a Dios. Fray Francisco Miguel Sánchez lo relata minuciosamente:

«A las nueve de la mañana saltó en tierra el comandante acompañado de los oficiales de capellanes de ambos buques de los cuatro religiosos misioneros y de toda la tropa de guarnición y tomó posesión el comandante de este puerto y de toda la costa en nombre de nuestro católico monarca el Sr. D. Carlos III (que Dios guarde) con las ceremonias acostumbradas, las que pondré aquí para el que las ignore, o no tenga noticia el modo de tomar posesión.

»En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo tres personas distintas y un solo Dios verdadero que es principio hacedor y criador de todas las cosas, sin el cual ninguna buena se puede hacer, comenzar ni conservar, y porque el principio bueno de cualquiera cosa ha de ser, en Dios y por Dios y en el conviene comenzar, para honra y gloria suya en su Santísimo nombre a todos los que vieren el presente testimonio, instrumento y carta de posesión como hoy miércoles, que se contaron veinte y cuatro días del mes de junio de mil setecientos ochenta y nueve habiendo llegado esta fragata nombrada *Nuestra Señora del Rosario* (alias la *Princesa*) y el paquebot *San Carlos el Filipino* del muy poderoso, muy esclarecido y católico Sr. D. Carlos III Rey de Castilla de León, de Aragón de las dos Sicilias de Jerusalén de Navarra de Victoria: Archiduque de Austria, Duque de Borgoña de Bravante y Milán, Conde de Abipurg Tirol y Barcelona, Sr. de Vizcaya y de Molina, etc., que por mandado del Excmo. Sr. Virrey D. Manuel de Flores Maldonado Martínez de Angulo y Bodquín/r caballero del orden de Calatrava Comendador de Molinas y Liguria, Rota: Teniente General de la Real Armada Virrey Gobernador y Capitán General de N.E. Presidente de su Real Audiencia y

Subdelegado General de Correos en el mismo reino. Salió del Puerto de San Blas, uno de los de la mar del sur de la comprensión del mismo virrey-nato el día 17 del mes de febrero del corriente año para los descubrimientos siguiendo la costa de Monterrey al Norte y encargado por comandante en Jefe de esta expedición D. Esteban José Martínez, Alférez de navío de la Real Armada y estando anclado en el puerto de Santa Cruz, uno de los muchos que encierran en si el de San Lorenzo de Nutcka con la referida fragata, de su mando y paquebot *San Carlos* de su conserva habiendo desembarcado en tierra dicho comandante con los oficiales de ambos buques, la tropa de ellas, y parte de la gente del mar con los PP. capellanes fray D. José López de Nava, D. Jose María Díaz y los cuatro religiosos de San Fernando de Méjico, Fr. Severo Patero, D. Lorenzo Socies, D. José Espí y Sr. Francisco Miguel Sánchez, sacó una cruz la cual adoró de rodillas devotamente con todos los que le acompañaban y los capellanes y Religiosos entonaron un Tedeum Laudamus y concluido el cántico de altavoz dijo que en el nombre de S. M. el Rey Carlos III nuestro Sr. (que Dios guarde muchos años) con acrecentamiento de mayores estados y reinos para servicio de Dios, bien y prosperidad de sus vasallos y de los muy poderosos señores Reyes (Herederos y sucesores suyos que por tiempo fueron como su comandante de estas dichas embarcaciones y en virtud del orden e instrucciones que en su Real nombre le dio el expresado Excmo. Sr. Virrey de V.E. tomaba y tomó aprehendida y aprehendido la posesión de esta tierra donde al presente está desembarcado, la cual la ha descubierto primeramente en el año de mil setecientos setenta y cuatro y ahora nuevamente para siempre jamás en dicho Real nombre y de la Real Corona de Castilla y de León como dicho es como cosa suya propia que es, y será y que realmente le pertenece por razón de la donación y Bula del muy Santo Padre Alexandro VI Sumo Pontífice Romano, que expidió motu proprio en donación a los muy altos y católicos señores D. Fernando V y D^a Isabel su mujer, Reyes de Castilla y de León de gloriosa recordación, y a sus sucesores y herederos de la mitad del mundo, dada en Roma a cuatro de mayo de mil cuatrocientos noventa y tres, en virtud de la cual son estas tierras, pertenecientes a la dicha R. Corona de Castilla y León y como tal toma y tomo la referida posesión de estas sus dichas tierras, y sus comarcas, mares, ríos, ensenadas, puertos, bahías, golfos, archipiélagos y de éste dicho puerto de Santa Cruz, que es isla nombrada de Martínez, una de las muchas que abraza el puerto de San Lorenzo de Nutcka el cual se halla situado en la latitud Norte de 49 grados y 33 y en la longitud de 20, 18 al Oeste del Meridiano de San Blas a donde al presente se halla anclado con la referida fragata y paquebot de su mando, y las subrogaba y subrogo debajo del poder, posesión y dominio de dicha R. Corona de Castilla y León, como cosa seria propia que es, y en señal de posesión del echado mano a su espada que tenía en la cinta con ella cortó árboles, ramos y yerbas, mudó piedras, paseó los campos y playas sin contradicción alguna, pidiendo a los presentes que de ello fuesen testigos y a mi Rafael de Cañizares que soy el escribano nombrado por el comandante, en Jefe de esta expedición se lo diese por testimonio en pública forma.

»Y luego incontinentemente tomando una cruz grande a cuestras y puesta la gente de la fragata, y paquebot en orden de guerra, con fusiles y otras armas, la llevaron en procesión, cantando los referidos padres capellanes, y religiosos la letanía de rogación respondiéndole todas, y acabando la procesión dicho comandante plantó la cruz e hizo un mojón de piedras al pie de ella misma, para eterna memoria y señal de la posesión que tomaba a nombre de su Majestad Católica el Sr. Rey de las Españas D. Carlos III (que Dios guarde) de todas estas tierras, mares y sus territorios, descubiertas continuas y contiguas y puso nombre a este Puerto de la Santa Cruz, como dicho es, y luego que la cruz fue plantada la adoraron segunda vez e hicieron oración todos pidiendo y suplicando a nuestro Señor Jesucristo fuese servido, que todo esto sea, para honra y gloria de su Santo nombre, y para que nuestra Santa Fe Católica sea ensalzada, aumentada y salvada, digo sembrada la palabra del Santo Evangelio entre estas bárbaras naciones, que hasta ahora ha estado desviadas de verdadero conocimiento y Doctrina para que las guarde y libre de los engaños y peligros del Demonio y de la ceguedad en que están para que sus almas se salven y luego los capellanes y religiosos entonaron el himno *Vexila Regis* este seguidamente en un Altar que se había mandado hacer el Comandante, se celebró una Misa Cantada por el Padre capellán de nuestra fragata el Reverendo D. José López de Nava a que asistió el capellán del paquebot D. José María Díaz, y los cuatro Religiosos ya citados, siendo la primera que en esta tierra se ha celebrado a honra y gloria de nuestro Sr. Dios todo Poderosos y para extirpación del demonio, y de toda idolatría, predicó el M.R. Presidente Sr. Severo Patero (tomando por tema del sermón aquellas palabras de San Pablo en su primera Epístola a los de Corintio, firma mundi elegit deus ut cofundat forta. E hizo ver en el asunto que la omnipotencia Divina siempre se ha valido de viles instrumentos para establecer la Santa Ley y el poco aprecio que los cristianos hacemos de ella) Misionero Apostólico del citado orden de nuestro seráfico Padre San Francisco y del Colegio de San Fernando de Propaganda Fide de la ciudad de Méjico. Concluida esta función el referido Comandante para más perpetua señal de memoria y posesión hizo mondar un árbol del que se formó una Cruz gravando en ella por un lado INRI Jesu Christus, Carolus Tercius Hispaniarum, et Indiarum Rex, por el otro, años de 1774 y 1789, y estas cuatro letras mayúsculas: P.E.J.M.

»Y, para que así conste 1º firmaron el comandante y como testigos el Capitán de paquebot *San Carlos* D. Gonzalo López de Otaró, el primer piloto de Armada, D. José Tovar, los PP. capellanes, D. José López de Nava, D. José María Díez y los cuatro religiosos del referido colegio y últimamente dando fe y verdadero testimonio de todo el escribano de la expedición Rafael de Cañizares, concluida esta función formada la tropa en batalla, hizo una descarga a que correspondió la fragata con una salva de trece cañonazos, siguiendo inmediatamente el paquebot *San Carlos* y el baluarte de San Miguel con otro saludo de igual número de cañonazos. Luego que nos restituimos a bordo se hizo otra salva de igual número por fragata, paquebot y baluarte y se echó por siete

veces el VIVA AL REY, y a que asistieron varios extranjeros de la Nación inglesa y Bostonesa que repitieron lo mismo.

»Al mediodía, se les sirvió a la oficialidad, capellanes, religiosos de ambos buques y a los Oficiales de la fragata *Boston* y de la balandra inglesa una comida esplendísima y concluida esta, se brindó a la salud de N.C.M. por el Comandante, Oficiales y extranjeros a que se siguió una salva de igual número de cañonazos que los anteriores por las dos embarcaciones y baluarte y se volvió a repetir el viva al Rey por la tripulación de la fragata por dos veces. La escritura de posesión se introdujo en una botella bien tapada con brea y se enterró al pie de un pequeño cerro de piedra que está en la playa, desde el cual cerro demoraba la punta de Santa Clara al Noroeste, 4 al Este, la de San Ignacio al N.NE y la de San Francisco al NE., 4 al Norte todo de la aguja» (24 de junio de 1789).

Ese mismo día comenzaba la misión apostólica de los cuatro religiosos:

«En este día se recibió a bordo un indio como de edad de seis o siete años, el cual compró el Capitán Americano a uno de los principales de la ranchería más inmediata el que se entregó a los RR.PP. Misioneros, para que lo bauticen y enseñen las obligaciones de cristiano» (lunes 29 de junio de 1789).

Los meses de verano discurrieron con normalidad para la vida religiosa en el puerto. Los misioneros prosiguieron con su actividad evangelizadora y documentándose sobre los usos y costumbres de los indígenas, tratando de hermanarlos con los cristianos a fin de que estos fueran arraigando entre ellos sin violencia. Pero, entretanto, en el puerto se estaban sucediendo una serie de acontecimientos que alterarían los planes de la expedición y acabarían derivando en la famosa crisis de Nootka.

Durante el tiempo que la expedición, como dijimos anteriormente, una serie de fragatas con bandera extranjera (principalmente americanas y británicas) estuvieron rondando el asentamiento con el fin de mantener el comercio de pieles en esa área, pero el capitán Martínez lo impidió apresando a aquellas naos que vulneraran la ley o que no tuvieran en regla los papeles que les autorizasen a surcar esos mares. En este contexto, es de reseñar el apresamiento de dos barcos ingleses: el *Argonauta*, el cual, tras ser restaurado, se despachó hacia San Blas con indicaciones para el virrey sobre lo que estaba aconteciendo en Nootka y cómo se estaba procediendo al respecto, y el *Princess Royal*, que tras desobedecer las órdenes del capitán Martínez de alejarse del puerto y abandonar sus intenciones comerciales, volvió a Nootka. Así las cosas, no quedó otra opción que apresar al barco y retenerlo contra su voluntad, algo que hizo estallar la ira del gobierno británico contra la monarquía española y fue el detonante de la famosa crisis de Nootka. El *Princess Royal* también fue restaurado y se ordenó su salida rumbo a Monterrey con el mismo fin de informar al virrey de la complicada situación que se vivía en Nootka.



Captura del capitán Colnett, en el paquebote *El Argonauta*, durante la crisis de Nootka en 1789. *The Centennial History of Oregon (1811-1912)*. Imagen de dominio público.

Pero a finales de julio, procedente de San Blas, llegaba al puerto la fragata *Aránzazu*, que traía provisiones para el asentamiento y malas noticias: el rey Carlos III había fallecido meses antes; por consiguiente, el virrey Flores ordenaba partir de Nootka antes del invierno, intentando amortiguar la crisis iniciada con el apresamiento de los barcos británicos. Una vez conseguido el apaciguamiento con una nueva expedición, capitaneada por Francisco de Eliza, retomar el asentamiento y establecer una nueva estrategia en esa área del Pacífico norte.

Salida para Monterrey acompañando a la fragata *Princess Royal*

Fray Francisco Miguel Sánchez, sin ser consciente de lo que le iba a acontecer, subía a bordo del paquebote *San Carlos* junto al padre Jose Díaz, capellán del mismo, con destino a Monterrey. Su cometido era acompañar a la *Princess Royal* hasta dicha ciudad e informar de la situación en Nootka, como dijimos anteriormente. Pero la misión, en principio sencilla, se complicó de tal forma que, el lunes 27 de julio de 1789, fray Francisco Miguel Sánchez diría adiós por siempre al puerto de Nootka:

«A las nueve de la mañana me fui a bordo del paquebot *San Carlos* para ir a Monterrey a dar un paseo en compañía del Padre Jose Díaz, capellán de dicho paquebot, y a las 10 del día nos hicimos a la vela llevando en nuestra conserva hasta la altura de Monterrey a la balandra prisionera llamada la *Real Princesa*. Por ser el viento contrario dio fondo a las 8 de la tarde en 41” brazas pp. 44 de agua como a distancia de dos leguas del Puerto donde habíamos salido».

El viaje, fuera de alguna pequeña inclemencia meteorológica, se saldó sin incidentes, y el 10 de agosto por la noche arribaban al puerto de Monterrey. El día 11 saltaban jubilosos a tierra: «A las 9 de la mañana saltamos a tierra los tres de cámara a fin de visitar al Señor Gobernador D. Pedro de Fages el que nos hizo una salva de 7 cañonazos al entrar en el Presidio».

Desde ese momento, fray Francisco Miguel inicia un recorrido de visita por las misiones de la zona, a fin de sopesar las diferencias y similitudes entre los naturales de Monterrey y los del Pacífico sur, y juzgar en qué medida el modelo de gobierno que ofrecen las misiones novohispanas es extrapolable a Nootka.

El 18 de agosto se celebró una misa solemne en San Carlos, como muestra de gratitud hacia los franciscanos por su celo misionero en Nootka:

«En este día se cantó en la Misión de San Carlos una Misa Solemne a N.^a S.^a del Carmen por la felicidad de la expedición a la que asistimos los tres de cámara del paquebot *San Carlos*. A la una y media de la tarde salí de dicha Misión para la de Santa Clara con el fin de explayarme un poco, y de tomar una medicina. Noticia de estas tierras e informarme a que se reduce el trabajo de los PP. Misioneros del Apostólico Colegio de San Fernando que habitan entre los neófitos de esta nueva conquista espiritual. La Misión de Santa Clara dista del Presidio de Monterrey 24 leguas las que caminé en compañía del Tte. del Presidio de San Francisco Dn. José Arguello».

Dos días tardaron en recorrer las 24 leguas que separaban la misión de San Carlos en Monterrey de la de Santa Clara, adonde llegaron el 20 de agosto: «A las 8 de la mañana llegué a la Misión de Santa Clara, regocijándome en gran manera los RR.PP. fray Tomás de la Peña, fray Pedro Cambón y fray Diego Narváez los cuales deseaban verme e informarse de todo lo acaecido en la expedición que acabamos de hacer al Puerto de San Lorenzo de Nootka».

Estando en la misión de Santa Clara, recibió comunicación de la llegada al puerto de San Francisco de la fragata *Aránzazu*, que traía de Nutka las negativas noticias anteriormente mencionadas, es decir que la expedición debía retirarse de San Lorenzo antes del invierno:

«A las dos de la tarde llegó a esta Misión de St.^a Clara el correo del Puerto de San Francisco con la noticia de haber el día antecedente fondeado en el referido Puerto la fragata *Nuestra Señora de Aránzazu* mandada por el Alférez de navío D. Jose de Cañizares que venía del Puerto de Nutkca (*sic*) al que



The *MISSION* of *ST. CARLOS*, near *MONTERREY*.

«La Misión de San Carlos, próxima a Monterrey, en 1792», ilustración de *A Voyage of Discovery to the North Pacific Ocean and Round the World* por el capitán George Vancouver. Imagen de dominio público.

había ido a conducir una orden del Excmo. Sr. Virrey de V.E. para que D. Esteban José Martínez Alférez de navío y Comandante en Jefe de la expedición dirigida al Puerto de Nootka se retire con toda la expedición al Departamento de San Blas a fines del presente año» (27 de agosto).

Esta noticia generó incertidumbre entre los miembros de la expedición que se encontraban en Monterrey, como fray Francisco Miguel Sánchez, quien por ello abandonó Santa Clara para ponerse al servicio del capitán del buque: «A las 8 de la mañana salí de St.^a Clara para Monterrey a donde llegué sin la menor novedad el día siguiente a las 2 de la tarde y a las 4 me retiré para la Misión de San Carlos en la que permanecí en compañía del Padre capellán del paquebot hasta el 17 de septiembre» (30 de agosto).

Esa fecha, el 17 de septiembre, era la estipulada para la partida, nuevamente, hacia Nootka. Días antes de la salida, el padre presidente de la misión de San Carlos invitó a fray Francisco a quedarse en tierras de California para ayudar a la misión evangelizadora de aquella zona, ofrecimiento que nuestro fraile aceptó gustoso siempre que tuviera permiso del capitán, ya que él perte-

neecía a otra misión y no podía abandonarla sin autorización de sus superiores; por ello, el padre presidente, fray Fermín Franco de Lausen, se dispuso a solicitar, sin mucho éxito, al capitán del paquebote *San Carlos* que fray Francisco Miguel Sánchez se quedara con ellos:

«Este día habiendo venido a la Misión de San Carlos el Capitán de paquebot D. Gonzalo López de Haro le suplicó el Padre presidente Fr. Fermín Franco de Lasuen se permitiese el que yo quedase en estas tierras manifestándole para esto la necesidad de operarios en la conquista espiritual de los neófitos y la poca necesidad que había para que yo volviese a Nutkca en el supuesto de que ya había orden del Excmo. Virrey para que la expedición se retirase a San Blas y al buque que volvía a Nutkca tener su capellán.

»A esta súplica respondió el Capitán del paquebot lo siguiente: El Padre Sánchez se embarcó para la expedición por orden del Sr. Virrey, por lo que no puedo dejarle hasta estar ésta concluida. Que dejar a Padre en estas tierras puede tener algún sentimiento con el Comandante de la expedición. Además (dijo) yo no puedo dejar al Padre sin tener orden de su Exc^a. y del guardián del Colegio de San Fernando. Muéstrame V.R. esta orden y entonces se quedará el Padre si fuese su gusto porque ejecutar lo contrario sin superior orden es exponerse yo y el Padre a tener algún sentimiento: el Padre por haberse quedado y yo por haberlo consentido; con estas y otras razones quedó enteramente satisfecho el Padre presidente aunque siempre con el sentimiento de no haber podido conseguir lo que pretendía» (8 de septiembre).

De esta manera, el 17 de septiembre embarcaba junto al resto de la tripulación rumbo a Nootka: «A las tres de la tarde me retiré en compañía del Padre capellán a bordo del paquebot *San Carlos*, con el fin de salir aquella noche o al día siguiente a proseguir nuestro viaje al Puerto de Nutcka (*sic*) y en este Puerto incorporarnos con el Comandante y juntos regresarnos al Departamento de San Blas según el orden de S.E.» (19 de septiembre).

Pero el tiempo lo impidió. El lunes 26 de octubre se desencadenó una tormenta tal que a punto estuvo de hundir la nave en el Pacífico. El trance llegó a ser tan apurado que la tripulación encomendó su vida a la divina misericordia:

«A las 8 de la mañana, nos entró un huracán de viento y agua, por el sures-te con la mar sumamente gruesa y rompida la que nos anegaba todo el barco, dándonos unos furiosos golpes en todo él, lo que hacían estremecer mucho.

»A las 9 ya no cabíamos en la mar por haberse levantado hasta en tal disposición que nos cubría por todas partes reventando por la popa, proa, costados, que íbamos debajo del agua, el viento era tan furioso que no hay huracán con quien poderlo comparar. A las 10 viéndonos a piquete de perecer porque seguía el huracán y sin esperanza de que abonanzase sacamos encima del Alcázar a *N^a S^a del Rosario* y se llamó a toda la gente del buque y todos juntos hicimos votos o promesa a esta Soberana Reina de llevarla en proce-

sión desde el barco hasta la Iglesia y a cantarle su Misa Solemne con sermón, si nos llevaba con felicidad al Puerto de San Blas y nos sacaba del peligro del que nos hallábamos. A las 11 cesó la lluvia y aclaró todo el cielo, pero el viento seguía en los mismos términos» (26 de octubre).

Este temporal, y la sospecha de que el tiempo, lejos de mejorar, iría empeorando conforme pasaran los días, decidieron al capitán del paquebote a cambiar la derrota y continuar rumbo a San Blas ya que, de proseguir hacia Nootka, el riesgo de naufragar resultaba patente, y era ocioso asumirlo sabiendo que la fragata *Princesa*, mandada por el capitán Esteban José Martínez, ya había abandonado el puerto, con toda la expedición, rumbo a San Blas, tal como le había ordenado el virrey Flores:

«En este día no hubo más novedad que la de haber tenido el viento en calma, la mar muy gruesa por el sur, y haber visto muchas bandas de pájaros y su vista y algunas por más señales todas de estar cerca de la costa. Pero no podíamos ir en vuelta del Puerto de Nutkca porque el viento no lo permitía, y estar a pique de perecer por ser mucha la neblina (...) en los tiempos en que no se podían encender los fogones pues en los días anteriores no comieron los infelices más que un poco de pan podrido y un trago de vino que sin más alimento que este habían pasado todos los temporales de los días antecedentes. A cuyas razones, constándole al Sr. Capitán ser cierto todo lo referido en esta junta y dándole bastante crédito a los Oficiales de mar arriba, dichos prácticos en estas costas y no ser de mucha urgencia el ir al Puerto de Nootka, tuvo a bien para mejor servicio de S.M.C. el hacer derrota para San Blas y no exponer a perecer en una costa bravía y llena de indios furiosos sin mayor necesidad e ir expuestos a no encontrar al Comandante en Nutkca, pues en una carta que le escribió dicho Comandante al Capitán de este Buque le decía hiciera todo lo posible para reunirse con él, pues debíamos estar a fin de año en San Blas, y este tal vez viendo que ya se tardaba el paquebot se hacía a la vela, por cuyos motivos tan poderosos, y por los cargos tan grandes que le podía hacer al Capitán de este buque por exponerse a perecer sin necesidad siguió haciendo derrota hacia San Blas» (28 de octubre).

Tras una difícil travesía, arribaban a San Blas el miércoles 2 de diciembre de 1879, adelantándose así a la fragata *Princesa*, al mando del capitán de la expedición, Esteban José Martínez: «Toda la tarde seguimos con la brisa floja en demanda del Puerto de San Blas a distancia de milla y media de la tierra. A las 6 de la tarde dimos fondo en este Puerto de San Blas. El Día 7 dio fondo en este Puerto la fragata *Princesa*, y la goleta *St.^a Gertrudis*, en la fragata vinieron mis compañeros».

Una vez reunidos todos en el puerto de San Blas, no podían obviar la promesa dada cuando estuvieron a punto de perecer en las gélidas aguas del Pacífico y, cumpliendo los votos hechos, se celebró una misa solemne y una

procesión en honor de la Virgen del Rosario: «Día 8 se dio cumplimiento a la promesa que el 26 de octubre habíamos hecho los del paquebot *San Carlos* a la Virgen del Rosario de hacerle una gran fiesta con Procesión, Misa y Sermón el que prediqué yo».

Así terminaba la expedición al puerto de Nootka para los misioneros franciscanos. Fray Francisco Miguel Sánchez no pudo regresar al puerto del Pacífico, pero sí recopilar en su diario una preciosa información que resultaría muy útil para las expediciones posteriores y, por sus valiosas observaciones etnográficas, para futuras y más intensas campañas de evangelización. El 12 de diciembre partían los cuatro misioneros, junto al capitán Esteban José Martínez, hacia el hospicio religioso de Tepic, lugar que, tras el restablecimiento del puerto de San Blas, había ido cobrando protagonismo como punto a mitad de camino en la ruta viajera y comercial hacia Guadalajara y por su condición estratégica para entrar a Nayarit, Sonora, Monterrey y California. En esta ciudad los religiosos pudieron recuperarse un tanto después de sus andanzas misioneras para poder proseguir su camino rumbo al Colegio Apostólico de San Fernando:

«Día 12 a las 2 de la tarde fondeó en el Puerto de San Blas una goleta americana prisionera por los españoles, esta goleta había salido de Nutkca en compañía de la fragata, y goleta arriba dicha, pero se había separado con un temporal en los 42 grados de latitud N. A las 4 de la tarde salimos los cuatro religiosos en compañía de D. Esteban José Martínez de San Blas para Tepic de este pueblo llegamos el día 13 para las oraciones. En lo restante está contenido el vocabulario de la lengua de Nutkca. La situación y entrada de dicho Puerto. Descripción de sus yerbas, árboles y plantas. Del temperamento de Nutkca y hortalizas que hemos sembrado. Facciones de los naturales, su vestimenta y casamientos. Pintura de sus casas y muebles que encierran en ellas, trabajos en que se ocupan, armas de que usan. De las aves de este país, de los cuadrúpedos de mar y tierra, de los pescados del Puerto de Nootka, de las canoas, de las guerras y las Rancherías de los naturales del referido puerto, de la religión de estos indios, de sus entierros, de sus malas costumbres» (12 de diciembre).

El final de su diario es un compendio de todo lo expuesto; por la temática de este artículo nos detendremos en dos aspectos de todos cuanto hace mención al final de su cuaderno:

- la descripción del territorio y entrada al puerto de San Lorenzo de Nootka;
- el nivel de conocimiento que los nativos tenían de Dios.

En cuanto a la descripción del territorio, fray Francisco deja claro que los primeros españoles en haber puesto el pie en San Lorenzo de Nootka habían sido ellos, por más que otras expediciones hispanas les hubiesen precedido:

«Los primeros españoles que han entrado en el Puerto de San Lorenzo han sido los de esta expedición. Aunque es verdad que en el año de 1774 la fragata de S.M.C. nombrada Santiago, estuvo a la boca de dicho Puerto a distancia de a como dos o tres leguas.

»El puerto no se puede ver hasta estar en él, porque le impiden la vista los cerros que lo forman, nombrado el uno San Rafael y el otro San Miguel que es donde tuvimos nuestro baluarte. Este Puerto de la S.^{ta} Cruz es el mejor de cuantos hay en lo interior del puerto, por ser fácil su entrada[,] su salida y tener vista a todo el mar. Por lo firme y seguro un fondeadero y porque desde él con muy pocas fuerzas se puede impedir la entrada».

Los misioneros, en sus indagaciones, averiguaron que los nativos creían en un creador supremo, aunque su concepción de este no pasaba de una noción vaga carente de la profundidad de la idea cristiana de Dios:

«Acerca de la religión no le hemos advertido más que tienen un conocimiento grande de Dios porque preguntándolo yo, que quien había hecho el mar, las tierras, árboles y toda esta máquina visible del universo, me respondió de esta suerte: “arriba está un Capitán muy grande ‘Ascatais’, este Capitán es más grande y manda más que el rey de Inglaterra, que el rey de España y hasta manda más y es más grande que nuestro Capitán Macunia y este gran ‘tais’ o Capitán fue el que lo hizo todo”. Después les pregunté acerca del cielo y del infierno, y dicen que arriba hay una ranchería o población sumamente hermosa y que abajo hay otra sumamente fea[,] “y ¿Quiénes van abajo y quiénes van arriba?” pregunté, a lo que me respondieron: “clust jacobos van arriba, pisec Jacobs abajo”, que es lo mismo que decir, el hombre bueno va arriba y el hombre malo abajo: pero entre estos salvajes, aquel que es más gucarista, más fuerte y que hace más atrocidades es el mejor entre ellos, también dicen que los capitanes o Jefes de todas van arriba y la gente plebeya todos van abajo juntamente con las mujeres porque de estas, dicen, nunca van arriba. Estos salvajes no conservan memoria alguna de nuestros primeros Padres, ni tampoco del diluvio universal ni de dónde, ni por dónde ni de quién vinieron».

A los franciscanos les intriga especialmente su forma de enterrar a los muertos, muy diferente de la usanza cristiana:

«A los difuntos, si son gente ordinaria los entierran en los montes, pero a los Capitanes los meten en una caja la que forran de pieles de nutria y antes les quebranta[n] las rodillas para que sigan como suelen sentarse estos aborígenes en el suelo y cubierta la cabeza con cintas la cuelgan de los árboles. La memoria de estos Jefes perdura (...) tiempo, llorando muchos días después de su muerte con llantos y alaridos que parecen lobos».

Entre las malas prácticas de los naturales del lugar, subraya la costumbre de apropiarse de los objetos ajenos que les resultan atractivos:

«... todos estos naturales son muy ladrones (...) Pienso que nosotros hemos sido a quienes menos han hurtado de cuantos han estado en este puerto y no obstante nos han robado varias piezas de herramienta de carpintería y tonelería, pedazos de hierro, clavos y arcos de barril. En una ocasión se le quitó a un indio un manajo de piedras de hierro de nuestras cureñas y un machete con la marca del Rey».

Y así finaliza el diario del padre Esteban José Martínez, misionero franciscano que, en 1789, se embarcó en la expedición para el puerto de San Lorenzo de Nootka con el fin de evangelizar aquella tierra de misión.

Manuscritos

Diario de viaje de fray Francisco Miguel Sánchez hacia Nuca (1789). Historia compuesta de todo lo acaecido en la expedición hecha al Puerto de Nuca, año 1789. Archivo del Museo Naval (Madrid), Ms. 2128, 1789.

Bibliografía

- LÓPEZ URRUTIA, Carlos: «Fuerte Nootka y el intento español de colonizar el noroeste americano», *Ristre. Revista de Historia Militar de España y Latinoamérica*, núm. 8. Madrid, mayo-junio 2003, año II, pp. 50-63.
- PALAU, Mercedes (coord. y ed.): *Nootka. Regreso a una historia olvidada*. Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 2000.
- REY TEJERINA, Arsenio: *Alaska-Nutka: colofón del imperio hispánico*. Arboleda, Sevilla, 2004.
- THURMAN, Michael E.: *The Naval Department of San Blas: new Spain's Bastion for Alta California and Nootka, 1767 to 1798*. The Arthur H. Clark Company, Glendale (California), 1967.
- YBARRA Y BERGE, Javier de: *De California a Alaska. Historia de un descubrimiento*. Instituto de Estudios Políticos (España ante el Mundo), Madrid, 1945.

Archivos y bibliotecas consultados

Archivo del Museo Naval de Madrid
Biblioteca Nacional de España
Biblioteca de la AECID (Madrid)
Biblioteca del Museo de América (Madrid).

(*) Advertimos al lector de que en este manuscrito, lo mismo que en el incluido en la sección Documento (página 113) aparece la palabra Nootka escrita de distintas formas. El autor las escribe tal como aparecen en los correspondientes manuscritos (Nutmca, Nuca, Noca, Nootka).